CARLOS J. EGUREN

EL TIEMPO DEL PRÍNCIPE PÁLIDO

UNA FANTASMAGORÍA

UNA NOVELA DE LA SAGA

DEVON CRAWFORD

EL TIEMPO DEL PRÍNCIPE PÁLIDO

UNA FANTASMAGORÍA

Copyright © 2017 Carlos J. Eguren.
Todos los derechos reservados.
Portada: Jen Del Pozo.
Maqueta y contraportada: Elsbeth Silsby.
ISBN: 1973770717
ISBN-13: 978-1973770718
Safe Creative: 1707192985960
1º edición, septiembre 2017.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Le dedico esta novela a mi padre, porque seguramente sin él no hubiera entendido nunca a las hermanas Barlow.
A la comunidad educativa del IES Tomás de Iriarte, IES Santa Ana, IES La Oliva, IES Santo Tomás de Aquino e IES Las Veredillas. Es un noble honor que todavía no me hayáis prohibido la entrada.
A todas las personas que me ofrecieron canciones de los ochenta para inspirar esta fantasmagoría. No paro de bailotear por vuestra culpa.
A Chari y Ana, que volvieron a ser las lectoras de prueba. Os construiré tal monumento que mil universos lo temerán.
A Tatiana por seguir ahí y fundar un sitio tan interesante como Lucien (¿ves? Ya es real). A Morgana y su crío le caes bien.
A mi familia por aguantarme tantísimo. ¿Cómo lo conseguís? En serio, ¿cómo?
A los lectores que me han acompañado en este viaje y a los que están por venir. Sois los mejores.
A todos ellos y a los demás, porque expanden el multiverso.
¡Que comience la música!

«Las palabras se tambalearon por mi cabeza, me imaginé a mi tía y mi madre cuando tendrían mi edad. No sé cómo se aguantaron sin montar su propia guerra al estilo Locke».

DEVON CRAWFORD
Y LOS GUARDIANES DEL INFINITO.

ÍNDICE

FRAGMENTO DEL DIARIO
CANCIÓN 1: VAMOS, EILEEN
CANCIÓN 2: BAJO PRESIÓN
CANCIÓN 3: ABRACADABRA
CANCIÓN 4: NO ME QUIERES
CANCIÓN 5: MONSTRUOS TERRORÍFICOS
CANCIÓN 6: TODOS QUIEREN GOBERNAR EL MUNDO
CANCIÓN 7: CAZAFANTASMAS
CANCIÓN 8: OTRO MUERDE EL POLVO
CANCIÓN 9: DULCES SUEÑOS
CANCIÓN 10: HERMANO LOUIE
CANCIÓN 11: UNA CLASE DE MAGIA
CANCIÓN 12: UNA Y OTRA VEZ
CANCIÓN 13: PUEDES HACER MAGIA
CANCIÓN 14: BAILA CONMIGO
CANCIÓN 15: CADA PEQUEÑA COSA QUE HACE ES MAGIA
CANCIÓN 16: NO DEJES QUE ME EQUIVOQUE
CANCIÓN 17: CENIZAS A LAS CENIZAS
CANCIÓN 18: LA MAGIA DANZA
CANCIÓN 19: SIEMPRE JOVEN
CANCIÓN 20: LOS OCHENTA
AGRADECIMIENTOS

FRAGMENTO DEL DIARIO

Santa Dimmesdale no es un lugar normal. No es un buen sitio, sobre todo para los niños. En esta ciudad se conjugan las sombras. Hay monstruos por todas partes, desapariciones y muertes por doquier, pero el mundo mira a otro lado como si fuera la estrategia perfecta para hacer que lo malo deje de suceder. Nadie habla, nadie escribe, nadie cuenta lo que pasa en estas calles. Se acepta sin más. Los que permanecen vivos (por ahora) me recuerdan a pobres animales esperando que llegue su hora en el matadero. Escucho el ruido de las cuchillas y la sangre. No hay piedad.

Un par de nosotros nos hemos dado cuenta y hemos formado una organización cuyo fin es despertar al resto, para salvarles, pero estamos encerrados en Santa Dimmesdale, bajo su sol, sus árboles, sus casas antiguas, las sonrisas de sus habitantes… Bajo nuestras lápidas.

Escribo este diario para que alguien, algún día, sepa la verdad sobre esta condenada ciudad. Y porque la profesora Damia me ha pedido que escriba algo este verano de 1987 si quiero recuperar su absurda asignatura de Lengua.

Es mejor arrancar este diario así que con «fue el maldito verano del año en el que murió mi padre». Seguramente.

Bienvenido a Santa Dimmesdale, capital mundial de los monstruos.

A. B.

CANCIÓN 1: VAMOS, EILEEN

Verano de 1987. Ese fue el verano en el que acabaron muchas cosas y empezaron tantas otras para las hermanas Barlow. Se inició como una escapada en bicicleta; terminó convirtiéndose en una guerra contra un dios.

La ciudad dormía, aunque el calor abrasador de aquella noche de junio hacía que muchos conciliasen el sueño frente a las ventanas. Las hermanas Barlow no eran de esa clase de personas. Como dos estelas, cruzaban la calle principal con sus bicicletas. Aurora tomó carrerilla con Eileen («una bicicleta así no se puede llevar despacio, es un pecado», reconoció). Las luces de policía, en la oscuridad, las encandilaban. Dieron esquinazo a la jefa de los agentes, Jean Hardy, pero no habían ganado aún.

—¡Espera, Aurora! ¡Espera! —gritó Emma a su hermana mayor—. ¡Se han ido! ¡Estamos solas! ¡Por tu culpa!

Aurora aceleró el pedaleo y saltó sobre un badén.

—Más sola te vas a quedar, mocosa.

Emma no cayó de bruces al saltar un bache, pero le faltó poco.

—¡Tanque! ¡Mandíbulas! ¡Gremlin! ¡Se han dispersado como querías! ¡No hay peligro!

Aurora cerró los ojos con una mezcla de furia y asco.

—¡Paso del PIOJO! ¡Tienen lo que se merecen por ir contigo en una de tus aventuritas, enana! —respondió Aurora y dio toda la velocidad que podía. El viento se deslizó por su cara y su moño escapó de su casco—. Tenéis lo que os merecéis. Y yo… —Meditó un segundo—. No, no… ¡Nunca más!

El rostro de la mayor era el que poseería la furia si dicho sentimiento se encarnase en una quinceañera. Sus cabellos castaños, con un mechón rubio, flotaban semejantes a una

llamarada. La chupa de cuero, acribillada por los pines de grupos de rock y los parches, le regalaba la apariencia de una motera perteneciente a la peor banda posible, los *Machacahuesos Diabólicos del Infierno Sideral.* Los vaqueros de la quinceañera, rotos a la altura de las rodillas, y las botas militares (compradas en un puesto de segunda mano del exveterano Ted Halligan) le conferían aún más la imagen de chica dura/joven delincuente («nadie recordará que lloré. Nadie», se decía cuando se transformaba). Un par de chavales del barrio decían que Aurora era demasiado dura como para llorar hasta que la vieron hacerlo a principios de aquel año. Entonces, la vieron vulnerable. Quisieron burlarse de ella. Aurora les pegó. Su madre pretendió justificarla, pero fue el primero de los grandes enfados de Martha con sus hijas. Aurora decidió no volver a sentir ni meterse en líos, pero los líos querían que ella se metiera.

Y detrás, el sonido del timbre de la Scooby Dubidú, la bicicleta de Emma, resonó para llamarle la atención. Emma solo era una cría con ropa heredada de su hermana, aquella que aún guardaba colorines infinitos (Aurora vestía solo de negro desde el 5 de mayo de 1987; recordaba la fecha perfectamente). Emma tenía largos tirabuzones que le daban aspecto de cría, unas enormes gafas que aumentaban tres veces el tamaño de sus ojos y un casco con pegatinas de películas que veía con sus padres y su hermana antes de mayo. Daba un salto cada vez que su vieja bici cogía un agujero en el asfalto, pero no se detenía.

—¡Aurora! —llamó. Su hermana estaba girando en la calle Holland con el cruce a Laertes. Iba directa a casa por un atajo—. ¡Me estás dejando atrás, Aurora!

¡Sirenas! ¡La policía!

Derrapando a través del callejón Summers, traspasaron la verja metálica. Se pararon. Si había suerte, el coche de policía no se detendría. Esperaron. Cruzaron los dedos.

El vehículo con las sirenas redujo la velocidad.

—Maldita sea —susurró Aurora. Emma se paralizó.

El automóvil continuó de largo. Las luces se perdieron. ¿Le dieron esquinazo a la maldita pesada de Jean Hardy?

Siempre ella. ¿Cómo se tomaría que su hija, Mandíbulas, fuera miembro del PIOJO? Aurora no quiso saber más. Reanudó la marcha.

Miró atrás un segundo (y si se la pegaba con algún cubo de basura o el buzón de sus vecinos momificados, haría que Emma pagase por ello). No muy lejos sonaban las sirenas. Se fijó en su hermana pequeña, que estaba aterrorizada. Se lo merecía.

—¡No te atrevas a ponerte a llorar! ¡Tú quisiste revelar que el señor Ferguson era un vampiro, no yo! —replicó Aurora y volvió la mirada hacia delante. Lo hizo con la autoridad de tener quince y Emma solo nueve. Sus zapatillas rozaron los pedales sin parar—. ¡Esta vez no pringo, mocosa! ¡Mamá no va a amenazarme con enviarme todo el verano a trabajar en ese maldito anticuario por tu culpa! ¡Nunca más!

La amenaza de su madre fue clara: «Si os metéis en otro lío, tendré que castigaros de verdad. No es broma. Tío Maximiliam está dispuesto a enseñaros algo de responsabilidad y daros trabajo en su tienda. Falta os hace, la responsabilidad y el trabajo». Su vieja era buena, pero a Aurora no le cabía ninguna duda de que iba en serio con aquel comentario. Demasiado en serio. Desde la muerte de Daric Barlow, la enfermedad del corazón de Martha empeoró. No podían jugar con ella y a Aurora tampoco le apetecía jugar.

—Vamos, Eileen, vamos —pidió a su bicicleta. Nunca le había fallado. No podía hacerlo ahora.

La casa de las hermanas Barlow surgió como un fantasma entre la niebla, con hilillos grises y gélidos. Era el hogar de la familia Barlow desde hacía décadas, una de las residencias más antiguas de Santa Dimmesdale. Tenía un aire anticuado frente a los edificios de su alrededor. Para Aurora, lo mejor de verla en ese segundo fue que las luces, en el interior de aquellas ventanas pretéritas, estaban ausentes; solo flotaba la oscuridad. Eso hizo que respirase con cierto alivio. Si la fortuna se mostraba favorable, esa noche a su madre le habría tocado turno doble en el trabajo y no estaría allí para presenciar su llegada.

El primero en saludarlas fue el sauce que plantó su padre en el jardín. El árbol se estaba muriendo desde que su padre… bueno, desde que Daric se adelantó y falleció antes. De sus ramas, colgaba una cuerda sujeta a una tabla. Una vez, fue un columpio. Emma solía ser una cabezota y le pedía a su hermana que lo reparasen. Aurora pasaba de ella.

La mayor trazó un círculo perfecto y se adentró en el jardín. La bicicleta negra, con llamas adhesivas, se deslizó sobre el césped. Aurora esperó que Eileen fuese el DeLorean de Marty McFly y retrocediese en el tiempo, a antes de seguirle el juego a su hermana, a antes de fugarse de madrugada a cazar un vampiro. Ahora la idea parecía tan estúpida, ¿desde cuándo existían los vampiros? ¡Qué ridículo! Solo existían en las películas. Eso era lo que siempre decía su madre. Martha tenía razón.

Aurora se apeó de la bici y la aparcó detrás del garaje. Fue a por la cuerda formada por sábanas atadas entre sí. La había deslizado desde las ramas del árbol cercano a su habitación. Solo era cuestión de subir y entrar. «Vamos. No te pillarán. Esta vez no».

—Pero Aurora… ¡Sabías que ese señor raro era un vampiro! —exclamó Emma llegando un minuto más tarde. Tosió por el asma. Sacó su inhalador—. ¡Más o menos!

—No berrees, mocosa —susurró Aurora. Más bien, gruñó—. O mamá nos escuchará y no queremos que nos escuche.

Emma tendió sus brazos para que Aurora la ayudase a subir como siempre, pero su hermana estaba convencida: iba a dejar que cargase con el muerto ella sola. No se merecía otra cosa por meterla en ese lío. Era hora de que aprendiese.

—Teníamos motivos, Aurora —dijo Emma, apurada. ¿Cómo era capaz de hablar tan alto en un mero susurro? Alguien la iba a escuchar—. Podía ser un vampiro. Quería que mamá le invitase a entrar en casa.

La mayor chistó con rabia. Se acercó al alféizar de la ventana de su cuarto. Se había terminado. Se retiraba. Abajo,

la canija trataba de escalar, cada vez más angustiada.

—¡Es solo un tipo que le tira los tejos a nuestra madre! ¿Lo pillas?

Aurora rugió aquello y recorrió el tejado con cuidado. En breve, se envolvería en sus mantas, se pondría los tapones y olvidaría lo vivido. Solo cinco minutos más y el infierno habría terminado para ella. Estaba cerca del alféizar. Solo debía saltar al interior del cuarto. Un poco más, un poco y…

—Búscate la vida para subir, enana —dijo.

Aurora se calló antes de llegar a entrar. Sus ojos se abrieron de par en par y estuvo a punto de soltar la improvisada cuerda, trastabillar y caer al vacío. La luz de su habitación se encendió de modo súbito y alguien la estaba esperando, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—Aurora Barlow Landy, ayuda a subir a tu hermana.

Martha estaba allí, usando la visión nocturna de las madres. No podía trasnochar, seguro. Al día siguiente, trabajaría desde temprano. Y estaba muy enferma (si volvía a recaer, la echarían del curro y ¿cómo vivirían las tres?), pero allí estaba.

Martha estaba demacrada, cansada por las horas extra. Era una versión más severa de sus dos hijas. La bruma de la edad no hizo mella en ella, sino la huella del dolor. Era difícil verla como Martha Landy, la chica que, muchos años atrás, cuando se graduó en el instituto, fue nombrada la más guapa de Santa Dimmesdale. Ahora era la pobre señora de Daric Barlow, viuda, con dos hijas delincuentes a su cargo, desgraciada, digna de comentarios de pesar y misericordia que podían transformarse en puñales en cuanto se diese la vuelta (oh, la bondad de Santa Dimmesdale). Todo ello, pese a que aún conservaba los cabellos brillantes, el rostro plagado de carisma y la… «la terrible mirada de cabreo», valoró Aurora. Abajo, Emma aceptó que su madre y su hermana se parecían mucho cuando se enfadaban (ambas le daban miedo). Las hermanas tragaron saliva.

—Tengo una buena explicación para esto —improvisó Aurora con rapidez.

Su madre ni la escuchó.

—Estáis las dos castigadas.

No habría clemencia.

—¡No es justo! —exclamó Aurora.

Ninguna clase de piedad.

—Para siempre.

Ni un atisbo de misericordia.

—Pero…

Ninguno.

—Llama a tu abogado, jovencita —replicó su madre y se asomó por la ventana para señalarlas—. Última vez que os fugáis de noche a… —No daba crédito. Entrecerró los ojos y completó con pesadumbre—: A cazar… —y agregó la palabra con asco, furia y desaliento—: monstruos.

Aurora suspiró y abajo se escuchó la vocecilla de Emma:

—¡No cazamos monstruos! ¡Solo les hacemos replantearse si este es su hábitat natural! —Atrapó la cuerda y algo se le desprendió de su chaqueta—. Ostras, ¡se me ha caído la estaca!

Ninguna advirtió que, entre los arbustos, en el jardín, un gato mayor que un león las vigilaba con ojos azules como Neptuno.

CANCIÓN 2: BAJO PRESIÓN

Una vez dentro de la casa, empezó la auténtica bronca. Martha no se tragó ninguna de las excusas que puso Aurora, como:

—¡Seguí a esta renacuaja para evitar que se metiese en líos!

O…

—Reconozcamos que la lista de posibilidades de que el señor Ferguson fuese un vampiro o un zombi era larga.

Martha tomó aire y contó hasta cinco antes de responder:

—Trabaja de cobrador del banco municipal, Aurora.

Cada sílaba fue lenta, dicha entre dientes, con rabia contenida.

—¿Cobrador? —repitió Aurora—. Mucho peor entonces.

Emma no dejó de asentir con la cabeza. Sacó de su desastrada chaqueta una lista amarillenta que incluía más motivos:

- Miedo a la luz.
- Más feo que pegarle a alguien con un zurullo.
- No es muy listo.
- Huele a fiamvre.
- Tiene pinta de muerto.
- En serio, ¡huele realmente a fiamvre podrido!

—Esto es vergonzoso —soltó Martha tras releer la hoja. Se la tendió a Aurora, que observó la letra infantil.